

Tres *Rigolettos* en una misma noche

El mes de mayo de 1910 quedó en la historia argentina como una verdadera explosión de alegría. Aunque los ánimos sociales estaban caldeados y la violencia anarquista había matado meses antes al jefe de la Policía, Ramón Falcón, Buenos Aires era una sucesión de inauguraciones, banquetes, ofrendas, procesiones, galas y hasta una regata en el Puerto. Los festejos por el Centenario de la Revolución convocaron a personalidades diversas. Entre ellas brillaba la infanta Isabel de Borbón. “La chata”, tía del rey de España, cautivó con su carisma y jovialidad, y su arribo mismo era un acontecimiento que se palpitaba día a día en los periódicos, como si se tratara del cometa Halley que también se iba aproximando.

La loca jornada del miércoles 25 se vio coronada por la función de gala del Teatro Colón. Para ella se adornó el foyer con cortinas de seda y se preparó una mesa para el presidente Figueroa Alcorta y los invitados más importantes, entre los que se encontraban, por supuesto, la infanta y el presidente de Chile, Pedro Montt, quien no imaginaba que el día siguiente iba a traer una tragedia, cuando un ascensor del Hotel Majestic aplastó a su secretario privado, Adolfo Armanet Fresno. Precedida por el Himno, se brindó a los asistentes la primera función de *Rigoletto* por la Gran Compañía Lírica Italiana dirigida por Edoardo Vitale.

Cuatro días después, mientras seguían las celebraciones, Buenos Aires vivió una jornada que también mereció el recuerdo: el Colón repetía su *Rigoletto* y los otros dos teatros líricos, el de la Ópera y el Coliseo, coincidían con él en dar la tragedia de Verdi.

“La noche de los *Rigolettos*”, la tituló *La Razón*, y así quedó en la memoria colectiva, aunque ese día había espectáculos de otra índole para elegir: la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza en el Odeón, “La poupée” en el Politeama y el elenco de García Ortega en la Comedia. Aunque *LA NACION* hablaba de la merma en la cantidad de espectadores por los festejos en las calles durante la semana de Mayo, ese domingo la ciudad iba volviendo a la normalidad y los públicos a sus butacas.

La ópera experimentaba un auge in-

En medio del fervor del Centenario, tres teatros de Buenos Aires dieron la pieza de Verdi, con Titta Ruffo, Stracciari, Anselmi y otros ídolos de su tiempo

POR MARGARITA POLLINI

Para *LA NACION* - Buenos Aires, 2010



Giuseppe Anselmi



Florencio Constantino



Fernando Carpi

édito. Gracias al exhaustivo trabajo de César Dillon y Juan Andrés Sala (*El teatro musical en Buenos Aires*) y una jugosa monografía de Pedro Rivero, “La lírica en la Buenos Aires del Centenario”, sabemos que en 1910 hubo 532 funciones de 53 óperas distintas, entre las cuales la que hoy nos ocupa (representada 41 veces) y su autor (con 154 veladas) encabezan el ranking.

Para atenerse al rigor cronológico, hay que comenzar por el *Rigoletto* de la Ópera, ya que se dio en el turno vespertino. La sala abierta en 1872 y refaccionada por Dormal en 1889 había sido, como lo señala Horacio Sanguinetti en su insoslayable *La ópera y la sociedad argentina*, el centro operístico entre el cierre del antiguo Colón y la apertura del nuevo. Por él habían pasado titanes como Tamagno y Darclée, y Enrico Caruso y Ruffo en su debut porteño. Con el afianzamiento del nuevo Colón, la Ópera fue decayendo y en 1935 la picota dio paso al cine-teatro *art déco* rebautizado hace poco.

La compañía de Leopoldo Mugnone retomaba el *Rigoletto* estrenado una semana atrás, con un elenco de primera. El rol del Duque de Mantua quedó en manos de Fernando Carpi; a fuerza de

aplomo, entrega actoral y buen canto, el tenor italiano conquistó al público porteño, que lo obligó a repetir “La donna è mobile”. Riccardo Stracciari no era todavía el referente que sería durante 20 años pero ya se lucía como el bufón verdiano; su dúo con Gilda (Esperanza Clasenti) motivó pedidos de bis. José Mardones (Sparafucile), gran cantante vasco, realizaría en los Estados Unidos en noviembre de ese año la primera grabación del Himno Nacional Argentino.

El trío principal del *Rigoletto* del Colón (Graziella Pareto, Giuseppe Anselmi y Titta Ruffo) hizo historia. La catalana Pareto (1889-1973) había debutado a los 17 años. Su voz era puramente ligera y, como bien lo apunta un crítico, el rol de Gilda estaba algo fuera de su tesitura. La cantante habría de despedirse del Colón en 1926 justamente con *Rigoletto*.

Simpatía, elegancia, un rostro y una voz de una dulzura extremas hacían de Anselmi un ídolo de las audiencias en general y de las mujeres en particular. Hasta ahí poco lo diferencia de otros tenores, pero podría pensarse en un curioso destino de fuego para ese hombre de 34 años. Un mes más tarde se encontraba cantando *Manon* de Massenet en ese mismo Colón cuando lanzaron una

bomba. Las crónicas narran que el abnegado Anselmi bajó a la platea a socorrer a los heridos. Durante la Primera Guerra, Anselmi combatió en el ejército italiano; luego volvió a cantar, pero su voz ya no era la misma y se retiró. El fuego lo persiguió aún después de su muerte en 1929, ya que durante la Segunda Guerra, el Museo del Teatro de Madrid fue utilizado como polvorín, y tras un estallido, su corazón (que había legado a ese museo por amor a esa ciudad y admiración a Julián Gayarre) quedó sepulto entre los escombros.

Ruffo, un año menor que Anselmi, había cautivado al Colón desde su temporada inaugural. Al decir de Lauri-Volpi, su voz “mordente y audaz” no se parecía a ninguna anterior, y sus dotes de actor se sumaban dando resultados inéditos. Todavía impregnado el aire de fervor patriótico, ese domingo se cantó el Himno después del primer acto, con Anselmi como primera voz.

El Coliseo fue por mucho tiempo competencia seria para el Colón y la Ópera. Para esa semana, la compañía de Giuseppe Barone y Arturo Padovani, de casi 180 artistas, había preparado un abono especial. “El tenor Constantino fue el intérprete que cosechó mayor cantidad de aplausos”, escribió *La Razón*. Florencio Constantino (Bilbao, 1869-México D.F., 1919) había emigrado muy joven a la Argentina y se hizo hombre en la localidad bonaerense de Bragado, donde, con la fortuna que logró con su carrera internacional, fundó el teatro que lleva su nombre. Su vida terminó tempranamente en un asilo; recién en noviembre pasado sus restos llegaron al cementerio de Bragado, la tierra que tanto amó. Flanquearon esa noche al “tenor chacarero” un joven Carlo Galleffi (que tuvo al bufón verdiano como uno de sus caballitos de batalla) y la soprano Giuseppina Bevnignani.

Un par de décadas después iba a empezar a caer el hermoso edificio, reemplazado (como la Ópera) por otro más moderno de idéntico nombre. Dos de las salas en las que ese trío de *Rigolettos* hizo irrepetible una fría noche de mayo ya no existen, pero las voces incomparables que les dieron vida siguen sonando en algún surco del aire, en algún rincón del tiempo.

●
© LA NACION